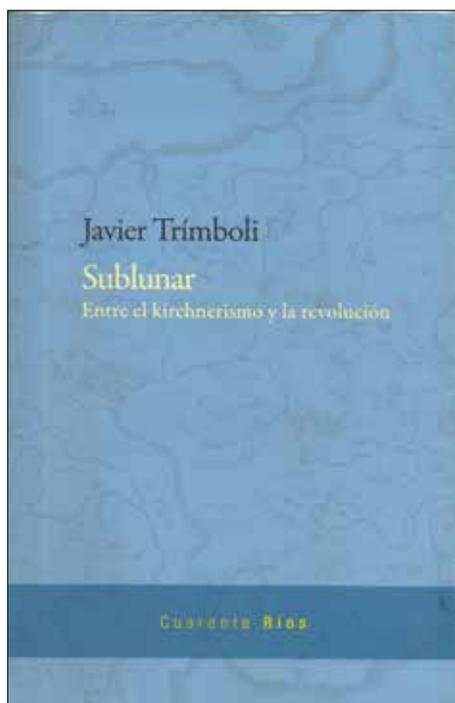


Aceleracionismo de Estado

JULIÁN FERREYRA

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS – UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES – ARGENTINA)



Reseña de Trímboli, Javier, *Sublunar, entre el kirchnerismo y la revolución*, Buenos Aires, Cuarenta y Nueve, 2017, 168 pp.

Recibida el 21 de agosto de 2018 –

Aceptada el 30 de agosto de 2018

Si la adversidad triunfa dolerá porque fui feliz. Fuimos felices y ya no lo somos más. Fuimos felices. ¿Por qué fuimos felices? ¿Cómo fuimos felices? No lo somos más. ¿Por qué no lo somos más? Explicitemos: fuimos felices con el kirchnerismo, no lo somos más con el macrismo. La adversidad triunfó. Y duele. Pero, ¿cómo es posible que fuéramos felices *nosotros* con el kirchnerismo, nosotros que alguna vez estuvimos bajo el signo de la revolución (Cuba, el Che, Fidel, el socialismo real en la patria grande, los palos que creíamos no cesarían de caer sobre el señor caimán)? ¿Cómo es posible que dejáramos de serlo, cuando en un momento el kirchnerismo parecía un fenómeno irreversible (“rápido se irradió entre nosotros un nuevo estado de ánimo, convencidos de que el Estado era un sujeto todopoderoso” –p. 137–)? ¿Cómo interpretar ese ya no ser felices? ¿En términos de derrota, de inexorabilidad, de milagro? El arco del libro de Javier Trímboli va desde aquella revolución que supimos atesorar (y que sólo existió en el cielo, en el ámbito supralunar) hasta este presente cargado de zozobra, intentando comprender lo que significó el kirchnerismo para una cierta subjetividad (a la que Trímboli logra darle universalidad a partir de la exploración exhaustiva de su propia singularidad). El nudo argumental es la interrogación de la *posdictadura*: el alfonsinismo, el menemismo y, muy especialmente, esa ruptura en la línea del tiempo que fue el 2001 –entre cacerolazos y saqueos– (para Trímboli, a diferencia por ejemplo de Schwarzböck, la posdictadura termina con el kirchnerismo –o, más exactamente, con la presidencia de Cristina Kirchner). En ese trayecto, las subjetividades revolucionarias se fueron sepultando, mientras se abrían dos caminos posibles (que constituirían los territorios ahora separados por la “grieta”): el que llevó al cinismo individualista y aquel en el

cual la utopía se hizo terrestre, lo celeste se hizo *sublunar*.

El libro concluye con la oposición entre la *necesidad* de las leyes naturales y la *contingencia* de la historia humana (p. 163, citando a Arendt), que parece para Trímboli hacer esperable un nuevo milagro, como lo fue aquel que empezó en 2003 –*empezó*, digo bien, ya que fue un milagro progresivo–; milagro que el autor parece cifrar en la posibilidad de mestizar las fuerzas populares y el Estado con la tecnología (“la alianza más complicada” –p. 160–). Pequeño milagro, brevísima cosa buena que, sin embargo, queda a la expectativa Trímboli, puede llegar a tener “una influencia decisiva” sobre un largo período de tiempo (p. 164, citando a Arendt nuevamente quien tiene, casi, la última palabra).

El argumento está construido a través de un *collage* donde se va tramando una selección muy personal de lecturas y recortes, de personajes y plumas: Jacoby, Fogwill, los Redonditos de Ricota, Canetti, Del Barco, Tatián, Sarlo, Halperin Dongui, Borges, Fabián Polosecki, Novaro, Rinesi, Escobar, García Linera, Pasolini, González, Asís, Favio, Hernández, Arendt, Romero, Walsh, Alarcón, Lewkowicz, Colectivo Situaciones, numerosas revistas: *Contorno*, *La Maga*, *Martín Fierro*, *Punto de Vista*, *Crisis*, *Confines*, *Acontecimiento*, además de los grandes diarios nacionales, entrevistas periodísticas y televisivas. La selección es tan personal que las terceras personas, lejos de implicar un distanciamiento objetivo del autor, constituyen la mencionada exhaustiva exploración de la singularidad del texto, y que hace natural la episódica aparición

de la voz del autor. El resultado es bello, es complejo, es conmovedor, y es exigente (sólo con la misma exacta formación del autor se puede seguir con facilidad el hilo de las voces que pueblan el texto).

El libro se va construyendo en forma entrecortada, en 27 apartados donde nada anticipa cuál será el curso de la argumentación (lo cual no quita que este libro tenga un hilo argumental, como Trímboli mismo indica en p. 90) y que carecen de una sistematicidad explícita (ningún apartado tiene título, no hay ningún agrupamiento de apartados). Dentro de esta forma algo rizomática, podríamos marcar una primera parte, apartados uno al diez, donde el tema central es la revolución y la derrota (que vuelve en el 13). Del 10 al 12 la cuestión es de qué manera y hasta qué punto esa derrota de la revolución arrastra la figura “del odio al burgués” y cómo éste se reconvierte en las subjetividades liberales y su signo antipolítico (que paradójicamente son más “antiburguesas” que “burguesas”). Del 14 al 18 empieza la cuestión del kirchnerismo (“por qué le creímos a Néstor Kirchner”) y la relación de su aparición con la fractura del lazo social, el 2001, y el Estado bombardeado por el mercado. Del 19 al 23 el pasaje de la reparación a la salvación, con 2008 como punto de quiebre. A partir del 24 y casi hasta el final (26) empiezan los signos premonitorios de la debacle de 2015, el consumo como la cancha del capitalismo en la que sólo por ilusos creíamos que podíamos hacer partido. En el 27 se condensa la propuesta positiva que sólo podemos sobreinterpretar: la técnica no debe ser un enemigo de la política sino una herramienta para hacer posibles sus fines: derechos y libertades.

El tema de la *derrota* recorre el libro. Podría pensarse que se trata de un diagnóstico de los tiempos macristas, de la derrota de 2015. Trímboli baraja de hecho esta posibilidad. Pero no se queda con ese diagnóstico. La derrota es la de la revolución como "mito moderno por excelencia" (citando a Halperin Donghi –p. 70–), del sueño de un socialismo triunfante y el capitalismo de rodillas. Ahí sí, hubo derrota. Derrota que fue un largo proceso (un largo maltrato: "dictadura primero, neoliberalismo durante y después, aunque también se diga menemismo o década de los noventa" –p. 87–), pero que tienen también una fecha exacta: 1989 (caída del muro en Alemania, triunfo de Menem en la Argentina). Repentina *certeza* de que el sueño de tomar el cielo por asalto había fenecido, repentina interpelación sobre cómo transitar esa muerte (*que el sueño acabó ya te dijeron, pero no que todos los sueñitos*, dice el Indio Solari en uno de los primeros temas de los Redondos –una de las referencias culturales que transita *Sublunar*–). El menemismo es, más que nada, el nombre del duelo de los sueños de revolución. Sólo ese duelo menemista abriría la posibilidad de un nuevo amor, sublunar, llamado kirchnerismo. "Sólo al aceptar la derrota [...] se podría apreciar el pasaje de la revolución a la reparación" (p. 87).

Ese largo duelo noventista de los sueños de revolución se agudiza hacia 2001 (momento al que Trímboli le da gran importancia, con especial énfasis en el malestar de las clases populares y los saqueos): "del Estado o de un nuevo gobierno no esperábamos nada" (p. 80). "Nada que conversar con el Estado del que casi exclusivamente se conoce a la policía", es la óptica de Alarcón y *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* e incluso la de Lewkowicz y su *Pensar sin Estado*. Aún peor, el Estado parecía representar "la posibilidad cierta del reestable-

cimiento del orden a través de la violencia contra las organizaciones sociales" (p. 78). *Sublunar* impugna duramente el espíritu anti-estatal (salvo un llamativo pasaje de p. 149 en sentido contrario): "«Una sociedad sin cámara de diputados, sin senadores, sino con asambleas que ejerzan las decisiones sin la representación y todo su circo». El cuestionamiento radical a la representación, salvaba de impugnación a las clases dominantes, también a las medias" (p. 115, la cita es del Colectivo Situaciones). En este panorama, el *consumo* se transformó en la única "práctica reguladora que en alguna medida morigeraba el borramiento de los sentidos" (p. 91). En suma: sin Estado, el sentido quedaba en manos del consumo, ariete de nuestros tiempos neo-liberales.

Para las subjetividades que resistían al huracán del espíritu de la época, se trataba de sobrevivir en los "entresijos" de la sociedad del mercado, el consumo y el lazo social fracturado. El resultado fue un conglomerado de "limaduras desperdigadas" (p. 73). Ese es el eje de la historia, el "punto de bifurcación": el destino de las limaduras, los distintos nortes que las orientarán. Algunas limaduras fueron atraídas por el kirchnerismo, mientras el resto serán imantadas por el macrismo: las que lograron concretar "el corte" con el signo de la revolución. No son nortes equivalentes. Uno tiene una potencia terrible ("el lote al que varios pertenecíamos del signo de la revolución, empezé a sospechar que eso que denominábamos historia y escribíamos con mayúscula no estaba a favor nuestro" –p. 152–, y ya cuenta entre sus filas a los que nunca estuvieron bajo el signo de la revolución –y los fanáticos del consumo y la competencia sin más–), mientras que al otro –el nuestro– lo caracteriza la excepcionalidad.

Así aparece la definición del *nosotros* ("Cómo volver a conjugar un «nosotros»

después de todas las miserias de los individualismos” –p. 103–) que compartimos con Trímboli: “el devenir que intentamos perseguir –el nuestro, digamos, y que nos condujo al kirchnerismo–, puede definirse en la imposibilidad de la pura ruptura” (p. 49). No hay pura ruptura, quiere decir: la revolución (la idea y su signo) han sido derrotados, pero la ruptura, el corte total, el cinismo, el individualismo y abrazar plenamente al mercado se hace sin embargo imposible. No se puede aceptar que lo único que hay es derrota y supervivencia. El tránsito fue de la derrota a la “redota” (en términos de Artigas): la búsqueda de otro lugar. “Lo que nos convocó del kirchnerismo en la primera hora fue la tarea de reparación de una trama social sistemáticamente maltratada, al límite de su desasimiento, tarea que fue emprendida con pizcas de épica y que, nuevamente, iba un poco más lejos de lo que la sociedad –o lo que quedara de ella, decíamos en ese entonces– esperaba de un nuevo gobierno” (p. 86). Trímboli pasa en pocas líneas de la tercera a la primera persona del plural, pero no hay ambigüedad: *nosotros* somos los que fuimos atraídos por esa fuerza indeterminada que fue el kirchnerismo en el poder: “Les asignó sentido y tarea [...]. Dio cauce a la inquietud por la vida en común que se resistía a apagarse por completo, cuando asunto del pasado casi remoto la revolución, se supuso que nunca más la vida política –la sublunar y prosaica– volvería a convocarnos. No, nunca nos había convocado; más correcto decir entonces que así fue que la política sublunar por primera vez nos atrajo en serio” (p. 73). Así se pudo “«configurar» *nosotros* en tanto forma de subjetividad activa que logra habitar el «desfondamiento»” (p. 101).

La reparación que propuso Néstor Kirchner en su llegada al poder no aparece sin embargo como el último sino. Nuevo punto de quiebre: 2008. Allí se divide lo que 2001 había de alguna manera unido, clases dominantes y clases dominadas, digamos, a través del “mito de la postdictadura, el de la unidad de una sociedad vejada” (p. 115). Ahora se observa que no hay alianza posible entre clases altas y clases bajas, que piquete y cacerola no puede ser una sola lucha. Ese es el quiebre que representa el conflicto entre “el gobierno que se había hecho cargo del Estado nacional” y la “Sociedad Rural” (p. 116). Trímboli ofrece una breve historia de las retenciones, de cómo estas se remontan al gobierno de Duhalde y cómo estuvieron vinculadas en su génesis al plan Jefes y Jefas de Hogar y el esfuerzo por desactivar la lucha social que piquetes y saqueos habían vuelto incontrolable (pp. 117-122). En este conflicto, el rol del Estado se resignifica y los que “veníamos del signo de la revolución” descubrimos que “estábamos habilitados a pensar que al Estado en algún momento le correspondía jugar un importante papel” (p. 130). En 2008, así, pensar *con* Estado no sólo se hace nuevamente posible, sino que deviene una exigencia. Torcer el Estado del lugar técnico-administrativo que dejaba tranquilas a las clases respetables. Usar el Estado por el cual “nadie daba dos pesos” y al que se nos había permitido acceder “seguros de que nos enredaríamos en una madeja de impotencias” (p. 132). Esa exigencia implica que conquistas sociales y derechos deben complementar la mera ampliación del consumo (p. 117), es decir, superar al consumo como única “práctica reguladora que en alguna medida morigeraba el borramiento de los sentidos”, proponer un nuevo sentido, un nuevo andamiaje social, bien que sublunar, que compita con el sentido común capitalista.

Es decir, se trata de romper con la paradoja de los gobiernos populares de América Latina: "Gobiernos que han producido más riqueza y han sido más justos a la hora de su redistribución, que apuntalaron la expansión del bienestar y el consumo, crearon finalmente «una nueva clase media con capacidad de satisfacción pero portadora del viejo sentido común conservador»" (p. 145, la cita es de García Linera). Lamentablemente, el consumo era la cancha en la que jugábamos la partida ("la cancha en la que jugábamos era enteramente la del capitalismo" -p. 137-) y por lo tanto el partido estaba arreglado de antemano. Y sin embargo, Trímboli sostiene un optimismo sereno: "Que el futuro no esté de nuestro lado, que sea incluso un error grosero esperar que el desenvolvimiento del tiempo nos asegure algo bueno, nada de esto quiere decir mucho. Será cuestión, como siempre, de interrumpirlo" (p. 158). Esa interrupción -ese optimismo, esa apertura al milagro breve, aparece en el cierre del libro ligada a la alianza de dos supuestos *enemigos*: la política y "los dispositivos y técnica" (p. 158). Los dispositivos biopolíticos descritos por Foucault dejan de ser imagen del sometimiento para tornarse clave de la liberación. El uso kirchnerista de la televisión ("el ojo blindado empezaba a mirarte bien" -p. 160-) es la punta donde asoma para Trímboli el iceberg de un nuevo sentido común: "*Zamba* tomó el ritmo y el shock que en los *cartoons* parece lisérgico y lo puso al servicio del sentido [...]. Esta fue la alianza más complicada y más necesaria que produjo el kirchnerismo" (p. 160).

Más allá de algunas vacilaciones, el libro se inclina por un diagnóstico donde no estamos viviendo una derrota, y tampoco una

derrota. No hay búsqueda de otro lugar, sino la confianza en volver a ser felices en *este lugar* donde logramos serlo: el Estado. Pero un Estado que rompa con aquel prejuicio según el cual necesariamente "mientras el mercado anda a velocidades supersónicas, el Estado sigue petrificado en las máquinas de escribir" (p. 130). Un Estado que, por el contrario, sea capaz de usar las velocidades supersónicas en su provecho, para crear ese "nuevo sentido común" (p. 146) y las "nuevas formas de vida" (p. 147) que rompan con la fatídica lógica del consumo. En ese sentido, nos dice Trímboli, aún no hemos visto nada. Aceleracionismo de Estado parece ser la clave de volver a ser felices. ¿Volveremos a ser felices? Veremos.